Hacia un nuevo Renacimiento

Javier Lorenzo Candel

PROPONE JAVIER LORENZO LA NOCIÓN DE POESÍA NEORENACENTISTA (TRAS UNA AGUDA EXPLICACIÓN DE SUS CONTENIDOS) PARA ENTENDER UNA FRACCIÓN DE LA POESÍA ESPAÑOLA ACTUAL.

En los últimos años, la proliferación de antologías y estudios literarios preocupados por trazar líneas de división y análisis de la última poesía española nos hacen ver el tremendo desconcierto que, al menos en nuestro país, se viene fomentando en la adquisición de valores que nos proporcionan las claves del desarrollo poético español. Y es que existe un vacío sustancial en el compromiso de nuestros poetas con la palabra, vacío que marca tremendos agujeros negros que tragan, o más bien permiten, todo el amplio espectro de voces sembradas a lo largo y ancho de una enorme pradera fértil.

Claro que desde esta *sobredimensión* creativa los filólogos más preocupados en dar entidad, quizá generacional, a nuestras tiempos poéticos, se vean en la difícil tarea de aproximarse a la pluralidad de voces con estudios saturados de interpretaciones, con *politonos* que dan, al lector no avisado, el desconcierto propio de quien transita espacios muy diferentes en la reducida exégesis de la realidad actual.

Es evidente que, durante un tiempo, la reducción interpretativa de la creación poética española buscaba sus claves en la llamada «*poesía de la experiencia*», amparada en los últimos años del siglo pasado por la llamada «*otra sentimentalidad*», y daba como itinerario teórico la poesía de Machado o Juan Ramón, la heredad virtuosa de un Gil de Biedma, o la recepción prolífica de García

Montero en el conjunto de una obra destinada a ser referente total de las ávidas generaciones de principios de siglo. Este estatus de *definitiva* que la poesía de la experiencia había fomentado en sus años de euforia, la concesión de sus propios valores no sólo al ámbito creativo sino, y esto es más importante, al ámbito lector, constituyó un perfecto escenario para crear diques de contención que sirvieran, a su vez, como soporte de los autores que, ahora sí, proliferaron en su defensa de la experiencia como característica de la poesía española reciente.

En este espacio, la confortabilidad de escritores y lectores -los estados de calma proponen siempre movimientos de continuidad- llevó a la aparición de voces que, aun educadas en los compromisos que la *poesía experiencial* había trazado, saltan al panorama literario español con la fuerza de otra heredad, esta mucho más alejada geográficamente, que marcaba los primeros pasos de la literatura americana, más concretamente en la experimentación hacia el «realismo sucio» que tuvo una gran aceptación entre los poetas hijos de las conductas propias que habían marcado los autores de la experiencia. García Casado, Wolf, Iribarren, proponen un compromiso con el mundo desde la aparición de voces nuevas amparadas en el descontento, en la abulia y una supuesta falta de implicación que hacen revisar el estado del escritor en el mundo, la necesidad de una sociedad que amplifica la desolación y la hace moneda de cambio de una generación comprometida sólo con el deterioro y la desubicación en el amplio espectro de las conductas que rodean al individuo. La contestación surge entonces como soporte necesario para entrar en el mundo de la contemplación destruyendo cualquier posibilidad de compromiso que no sea el propio, y alejando los comportamientos de lo que podríamos llamar, en términos generales, política social necesaria.

Pero como si de un movimiento de salvación se tratara, la crítica especializada comenzó a hablar a finales del pasado siglo de una mayor influencia de la poesía inglesa que abarcaba la necesidad de concreción, a nivel europeo, de los últimos pasos de la experiencia en el largo recorrido de la literatura anglosajona. La poesía española empezó, pues, a situarse cercana a los criterios epocales de los escritores que constituyeron la avanzadilla del romanticismo inglés, los primeros que sintonizaron con el espec-

tro que supuso la consecuencia vital de la Revolución Francesa y, como consecuencia, la caída del *Ancien Régime*, los nombres de Coleridge y Wordsworth se situaron como referentes para los poetas españoles del medio siglo, pero también los poetas románticos tardíos, en especial Gerald Manley Hopkins, que abren de nuevo –recordemos la influencia de todos ellos en Cernuda o Juan Ramón– una ventana por donde dejar pasar el aire fresco de la nueva poesía española.

Pero el compromiso con las tesis de la poesía romántica pasaría por la revisión, como no podía ser de otro modo, de su escritura para hacer concretar su influencia añadiendo un compromiso con el futuro, con la nueva visión histórica y social de los poetas españoles, y acrecentando la necesidad de abrir nuevas espitas en el firme dique de los postulados románticos. Así nos encontramos con propósitos que abarcan hasta nuestros días y que se distinguen por lo que Eduardo García proponía en su espléndido *Una poética del límite*[1] o *Imán y desafío* de Jordi Doce[2], donde se analiza la influencia anglosajona antes referida y se pone de manifiesto una clara apuesta por la reinterpretación de sus tesis para adaptarlas a las voluntades creativas que marcan el reciente siglo.

Es necesario recordar en este punto que la poesía antes referida como «de la experiencia» sigue tremendamente vigente en los postulados de los nuevos creadores y que, por tanto, tendrá un valor fundamental, como es de suponer, en el compromiso de los mismos con las revisiones de los románticos en su conjunto.

Pero llegados a este punto, y teniendo en cuenta las consecuencias propias de estos movimientos en el panorama poético español, existen elementos que nos harían pensar en nuevas perspectivas en la lectura, siempre bajo el prisma de lo anglosajón instalado casi definitivamente en los poetas, de un nuevo compromiso que, derivado de algunas incursiones en la popularización de la poesía, instalado en los propósitos –hasta ahora tan sólo teóricos– que nos hacen ver que el género canción podría ser una alternati-

---

[1] *Una poética del límite*. García, Eduardo. Editorial Pre-textos, 2005.

[2] *Imán y desafío. Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea*. Doce, Jordi. Editorial Península 2005.

va real en los compromisos literarios de la nueva poesía española, podría ponernos sobre la pista de una evolución –para algunos involución- de la lírica actual.

Estos postulados, si bien débilmente señalados por algunos creadores (Luis Antonio de Villena o el propio García Montero), tendrían en su compromiso con los cauces de escritura un sentido de integración en el panorama lector propio de las conductas de nuestro siglo.

A esta nueva interpretación de la lírica, me gustaría añadir la necesidad de, tomando las favorables experiencias que consolidad un acercamiento del poema al lector no avisado, construir un epicentro desde donde empezar a vislumbrar unos postulados que acrecentarían este compromiso de comunicación entre los elementos del corpus creativo, elementos que viene siendo el escritor y el lector en sus responsabilidades con lo escrito y la interpretación, la utilización de lo escrito.

Este epicentro vendría de la mano del nuevo renacimiento, la nueva incursión de un petrarquismo revisitado y, como consecuencia, y amparado por la ola anglosajona que nos lleva hacia las orillas, las tesis de los poetas isabelinos ingleses en su conjunto, las *dainty songs of the Elizabethans*.

Volver a visitar con los ojos del escritor del siglo actual la poesía de Sir Philip Sidney, Walter Raleigh o de Edmund Spenser, adentrarse en las tesis del primer John Donne, sería fomentar los espacios que estos proponen desde postulados que abrirían, no sólo caminos para una nueva vía de interpretación, sino también consolidar otros que ya fueron abiertos recientemente.

Amparadas en la poesía pastoril, las intenciones de unos y otros vienen de la mano del ambiente cortesano, inteligente y burlón que se adueña de su época; la musicalidad de las palabras, el ambiente luminoso que anima a la comprensión del mensaje, lo satírico, lo alegórico, son entidades que ayudan a convertir el lenguaje en, ya lo hemos dicho, luz que atraviesa la opacidad.

A su vez, la evolución histórica de finales del siglo XV y principios del XVI, sitúa a las sociedades en una tesitura de compromiso que abarcaría el ámbito de la literatura como una de los baluartes de la lucha de clases. En este sentido se sostiene que «detrás de la llamada guerra contra la poesía –heredada por la

sociedad a la que antes hacíamos referencia– se esconde no sólo la estricta moral puritana dictada por la religión, sino también una nueva realidad social condicionada por la emergente clase media que empieza a cuestionar el papel dominante de una aristocracia ociosa que ha abandonado la función militar que había tenido en otros tiempos. En una época en la que la sociedad se siente menos amenazada por los conflictos armados y el motor social y económico de la misma recae sobre la clase media trabajadora y comerciante, esta comienza a reclamar una participación más activa en el gobierno. Una de las formas de entablar esta lucha es cuestionando la necesidad social de las actividades de la aristocracia: el ocio y el arte, equiparando ambas y tachándolas de ser improductivas e incluso afeminantes»[3].

La aristocracia, como pueden suponer, se alzó en contra de estas opiniones y empezó a crear un clima necesario de defensa de sus propios intereses. Permítanme extrapolar los contenidos de la cita al contexto de las sociedades actuales y verán cómo el asunto vendría pintado en los compromisos de la literatura en una sociedad como la nuestra, desprovista de criterios estéticos de importancia y alejada de los conductas creativas que no pasen por cubrir la demanda de una clase social dominante que se erige como la conductora de los planteamientos, no sólo económicos y sociales, sino también estéticos que forman parte del mundo civilizado.

En este orden de cosas, cabe resaltar el «aspecto provechoso de la actividad poética» desde tesis que defienden el placer como elemento fundamental, pero un placer que esconde el elemento moralizante como principal. Desde esta perspectiva, uno puede empezar a entender que, trasmutada en goce, la virtud es ahora moneda de cambio de las sociedades.

Sirvan estos aspectos, muy telegráficos en su conjunto, para desentrañar el valor real de los postulados de la poesía isabelina y su adaptación a las formas operadas desde nuestra sociedad, al motor que supone la creación en el sentido *político* al que venimos aludiendo.

---

[3] Introducción a *Defensa de la Poesía* de Sir Philip Sydney. Cano Echevarria y otras. Cátedra Letras Universales, 2003.

Si atendemos a lo que luego evolucionó en poesía en el siglo XVI, siglo de nuestros poetas protagonistas, valoraremos como necesaria la actitud de repensar la historia y adueñarse de determinadas intenciones que hicieron madurar un compromiso con la historia literaria de Inglaterra y un buen número de voces empeñadas en, por un lado, rescatar la belleza del idioma aplicado a la poesía y, por otro, mantener viva la idea de compromiso social de clase respecto a la moral y al contexto político de las sociedades.

No sería, pues, de extrañar que la literatura española actual (me refiero al ámbito de la poesía) prosperara dándole a estas tesis un espacio en su desarrollo, siendo digna heredera de un conjunto de razones ya expuestas que hicieran ver al lector una nueva luz en este asunto.

En este sentido, la actitud de algunos poetas podría ser resumida en el verso de Philip Sydney que concluye el primer poema de su «Astrophil y Stella»: «Foole», said my muse to me, «look in thy Heart and write»[4], como un compromiso con el ser humano, con la humanización del mensaje poético, con un ir más allá.

También descubrimos –elemento esencial para el análisis- un compromiso necesario con el Amor que constituye la base desde la que empieza a crecer el placer, el goce estético y también lo burlón y lo satírico como monedas de cambio en el mercado de los mensajes que ahora se adivinan. El amante y su sensualidad se elevan a la categoría de necesarios en el diálogo lírico que atraviesa cada composición; pero además ese compromiso se eleva para alcanzar las categorías propias de la filosofía y la teología. El poeta recrea la belleza, la adivina detrás de un compromiso con la realidad circundante, y la hace suya en ese contexto. La lectura de los poemas amorosos de Donne o los *Amoretti y Ephitalamium* de Spenser, son ejemplos claros de lo expuesto.

Es en Donne donde la pasión y el pensamiento, el cuerpo y el espíritu entran en un diálogo constante que hace desaparecer ambos mundos para integrarlos.

El acercamiento a un lenguaje claro que ponga de manifiesto su riqueza, la musicalidad, la ironía, el amor, la moralidad, la política en su conjunto, pueden ser elementos para una revisión de la

---

[4] «Necio», me dijo mi musa, «mira en el corazón y escribe».

poesía isabelina que ponga en valor cierta aproximación a la literatura de nuestro tiempo, un acercamiento que aún no ha sido tenido en cuenta desde los valores de la creación y profundamente apreciado por las valoraciones filológicas de finales del siglo XX.

Los asuntos formales que marcan la recepción del Renacimiento anglosajón vendrían definidos, como ya hemos dicho, por el siguiente grupo de especificaciones:

El dominio del lenguaje, alejado en nuestro siglo de opulentas circunstancias expresivas, requiere un compromiso con la claridad, una manera usual de dirigir la escritura para, a su vez, -permítaseme la expresión- canalizar el entendimiento del lector de manera natural. La utilización, no obstante, de inversiones sintácticas o el retoricismo, tan común a muchas composiciones de Philip Sydney, y tan aplicables a una revisión de nuestras literatura –y doy aquí sentido a la lectura de nuestros clásicos castellanos- vendría a poner en valor un nuevo movimiento que, desde elementos propios de la reciente tradición poética española, entroncaría con una visita esperanzada al pasado, para algunos remoto, de nuestra literatura. El yo poético que salta en cada composición requeriría ahora el vehículo más adecuado para su camino, y este podría ser definitivamente la asunción de de un cierto formalismo estrófico, un isosilabismo, o, al menos, el destape que pondría al descubierto los valores propios del lenguaje poético con una incursión real en la cultura del renacimiento.

La musicalidad va de la mano de un compromiso con la escritura. El oído queda aquí descubierto como el camino más importante para la conclusión comunicativa; y como tal, la cadencia de los ritmos poéticos, así como la propia musicalidad de las palabras facilitan los cauces en la comunicación que, quizá antes, habían quedado encubiertos por un mensaje, en ocasiones, demasiado críptico o indescifrable. Para el lector no acostumbrado al poema la incursión en ese mundo puede resultar agotadora, casi mortal. La originalidad –y así lo hemos defendido anteriormente- radica en la complicidad musical que evidencia un magnífico canal para encontrar territorios abiertos en el nuevo lector. El compromiso con esta musicalidad estrófica, con el ritmo, podría acercar «adeptos» al territorio de donde habían quedado, definitivamente, alejados.

Respecto al fondo, la ironía y el tema amoroso, como un maridaje bien necesario, abren un punto de experimentación que aborda, sin lugar a duda, dos de los campos donde la fluidez de los significados transita de manera sencilla, clara, definitiva. El lector del siglo XXI conoce bien cuáles son los preceptos que nos sitúan como seres humanos en el territorio del placer, de lo grotesco ante la carne, del amor cortés como elemento de análisis en los tiempos del sexo; y no sólo se conocen estas coordenadas del individuo, sino que, además, se demandan.

La moral, que antes citábamos como encubierta en este vergel de poesía amorosa, y la política son dos de las cuestiones que más arrancan al individuo a la acción ciudadana, al compromiso con el prójimo o a la debilidad real del hombre político. La poesía que ahora llamamos Neorrenacentista, que hereda estas conclusiones de la poesía isabelina, mantiene un firme compromiso con el mundo. La respuesta del poeta ante lo que le rodea no es una respuesta de análisis del yo, de desprendimiento de la piel social en favor de un discernimiento particular de los hechos; el poeta mantiene vivo el sentido de la reflexión y del análisis como dos importantes pilares que evidencian el tremendo edificio de las conductas humanas. Activar, mediante estos presupuestos, las conciencias más aletargadas, marcar los compromisos del ser social con las sociedades en desarrollo, vendría a ser una responsabilidad firme en el trasunto comunicativo del nuevo renacimiento. En definitiva, es necesario trascender en lo observado e invitar al lector a la trascendencia. Para tal disposición el «yo» poético no es en su conjunto un elemento subjetivo en el poema, sino que, desde lo ya dicho, asume la piel de lo objetivo en su desprendimiento de los valores personales en función de la universalidad del sentimiento.

Con estas apreciaciones estamos acertando en el camino de la musicalidad, la ironía y el tema amoroso, tan caro para muchos lectores, para llegar a abordar asuntos de relevancia distinta que sitúan a las sociedades a la altura de la comprensión de aquello que les rodea.

Como vemos, las teorías arrancadas a la poesía isabelina en su conjunto desprenden un caudal natural que identifica al romanticismo y su interpretación literaria en la España más reciente, así

como la herencia que la más reciente poesía española ha tomado de los más inmediatos representantes de nuestra literatura. Los conflictos de unos y otros, las aproximaciones a las diferentes tesis manejadas hacen pensar que lo natural es pensar en un nuevo renacimiento, una aproximación sincera a los poetas isabelinos y sus circunstancias.

No obstante, es difícil someter a la evolución natural de la poesía española a conductas rebrincadas en la interpretación de los aires nuevos que la fundamentan. La propia naturaleza de la creación (cada vez más alejada de postulados teóricos que le den forma apriorística) se aleja a cada instantes de las corrientes que algunos tratan de imponer en su modo de enfocar los sentimientos. Nada más alejado de mi intención que tratar de condicionar con mis teorías, expresadas, como ya dije, telegráficamente, la actitud que los poetas asuman en su evolución natural hacia nuevas formas de entender la lírica. He querido con esto concluir que existen territorios aún no explorados que podrían alimentar una nueva forma de escritura y, cómo no, amplificar en la medida de lo posible, los campos de acción teórica de la poesía española más reciente.

Aquí quedan algunas líneas de interpretación para un estudio mucho más prolongado; aquí la justificación para hacer canalizar una energía creadora que, créanme, está empezando a insertarse en los planteamientos estéticos de una época y cómo no, en sus escritores.

La propuesta ahora es volver a visitar a los poetas citados, establecer las líneas que movieron a su poesía hacia el territorio que los hizo únicos y tratar de recibir las claves que hicieron de ellos los arietes de un antiguo régimen de oscuridad y que desempolvaron los preceptos griegos y romanos, la carnalidad de sus interpretaciones, la mitificación de sus propósitos en un contexto abonado para que nacieran, desde sus preocupaciones por el estatus de la poesía, las actitudes que iban a dar preponderancia al valor de la palabra, a un Humanismo sin fronteras